

Te vi sonriendo sola



Nicolás H. García

Facultad de Filosofía y Letras



¿Qué pasa después de una fiesta en
donde se conoce un par de solitarios?
Un cuento para recordar

Todos nos miraban con admiración cuando salimos de la fiesta. Yo te abracé de la cintura y tú llevabas en la mano la última cuba de la última botella que pudimos comprar. Salimos sin despedirnos de nadie y alcancé a oír las risas de mis compañeros, mientras el clima nocturno de la costa nos refrescó.

—¿Si está lejos podemos tomar un taxi?

—Pero se siente tan bien el calor —dijiste—. Vamos a caminar un poco. ¿Estás muy mareado?

—No, no es por eso. Yo me siento bien.

—¿Te tomaste medio litro tú solo y ni siquiera estás mareado! Se me hace que estás presumiendo.

—Bueno, sí, estoy mareado, pero puedo caminar bien.

—A mí me encanta sentirme así: completamente ebria y sin embargo consciente, mareadísima y excitada.

Esta última palabra, aparentemente fuera de lugar, me incomodó. Tal vez porque era muy raro oírsele a una mujer o porque eras precisamente tú quien la decía. Después me di cuenta de que disfrutabas caminar en esas calles empedradas que, inclinadas, bajaban al lago a un costado de la universidad. Te detuviste en la esquina y me besaste, en mis labios punzaron tus mordiscos. Me sujetaste de la cintura mientras tu lengua se mecía dentro de mi boca, tus manos comenzaron a bajar y me sujetaron las nalgas, como si cargaran tus pequeños libros. Sonreíste mientras desviabas la mirada hacia el

► 15



lago y te recargaste en el barandal de piedra.

—Parece que el mar está aquí cerquita, y no a hora y media. Se puede oler la sal.

Tu cuello ondulado se enredaba por el viento, mientras admiraba tu piel engañosamente oscura y tu mirada flotando como un reflejo sobre el agua.

—De donde vengo también hay un lago, y es enorme, pero sólo se ve de noche.

Tus ojos se agrandaron al mirarme y sonreíste.

—Se distingue mejor cuando uno regresa a la ciudad, bajando los cerros que la rodean: hay miles de luces que brillan en el fondo, pero la superficie es clara e inmóvil.

—¿No has intentado nada en él? —preguntaste.

—No.

Tu mano subió despacio, la dejaste llegar hasta mi pecho y luego buscó en círculos y arañazos un lugar donde descansar.

—Tal vez lo hagas hoy —dijiste mientras seguías sonriendo.

Pasaste tu brazo por mi cintura y me llevaste, caminando sin prisa por esa calle solitaria, bajo el aire cálido de la ciudad. El empedrado me hacía tropezar más de lo normal y me molestó que pensaras que estaba borracho. El olor del lago se quedó atrás y aparecieron otros: las hojas anchas de los platanos cubiertas de rocío, los árboles cargados de las flores que dejan caer cuando se adormilan, las techumbres de madera con achaques de vieja, la sal.

Me di cuenta de que todas las cosas olían a sal, desde las baldosas del piso hasta la pintura blanca de las paredes. En esta ciudad da la impresión de que no llueve, son las cosas las que sueltan el agua que acumulan.

—Tu ciudad parece construida sobre el musgo que crece en la montaña —te dije sólo para verte sonreír.

—Yo no soy de aquí, nací en el desierto del norte. Estoy aquí de paso, como tú.

—Tu piel ha cambiado de tanto estar cerca del mar.

—La mar es la protectora del estado, está presente en cada pueblo y todos viven bajo su protección. A esta ciudad la celebra la lluvia.

Nos habíamos detenido otra vez, ahora bajo uno de esos árboles pequeños pero muy frondosos que ayudan a soportar las doce del día.

—La madre tierra y el padre mar siempre luchando...

—La gente de tierra adentro no puede identificar la femineidad del mar —dijiste—. Para ti es algo lejano, un destino turístico. Yo vengo de donde se juntan la mar y el desierto: la playa de los cíclopes, enorme y solitaria.

No me abrazabas, tu mirada estaba fija en la calle que parecía mohosa bajo la luz amarillenta del alumbrado.

—Debes sentirte muy sola.



—¿Tú crees? —preguntaste usando esa mirada que ya te había visto en el salón de clases.

—Pues... por ese lugar del que me hablaste.

—Es la playa la que se siente sola, yo voy de vez en cuando a acompañarla.

—¿Te comunicas con el mar?

No me veías, levantaste la cabeza y la descansaste sobre tus hombros mirando las estrellas.

—Compartimos cosas —dijiste—, yo le doy algo de calor, ella me da humedad.

—¿No necesitas de alguien que te acompañe cuando estás ahí? Me refiero entre la mar y el desierto.

Tomaste mi mano, la pusiste sobre tu mejilla y después la besaste. Tus labios se ceñían y se oprimían contra mi palma para luego chasquear y aparecer más brillantes y rojos que antes. Tu boca rejuvenecía con cada beso.

—Soy feliz. Estoy segura que uno puede ser feliz a pesar de las peores situaciones; en medio de un desierto, como yo, o en una ciudad anegada de gente, como tú. ¿Eres feliz?

—Soy feliz de estar contigo ahora.

—No, me refiero en tu ciudad. Allá, cuando sales de tu casa sabes que no encontrarás a nadie conocido y a nadie le importará a dónde vas. Yo no puedo salir sin pasar al departamento de mi vecina. Tomar un café,

platicar un poco, y después puedo irme más tranquila. ¿Quién crees que se siente más solo?

El clima nos imponía un ritmo para caminar, uno al que tú seguramente ya estabas acostumbrada.

Para mí era un paso lento, como el de un lago reflejando la luna o una naranja madurando. Incluso los pocos autos que pasaban a esa hora zigzagueaban entre las piedras y zanjas del camino.

—Es tan bella la noche, es otra vasta soledad.

Volteaste la cabeza y me besaste en los labios.

—La soledad que provoca contemplar la mar es más terrenal, pasajera —dijiste—; pero cuando miro el cielo me ataca la más grande de todas, una permanente.

—¿Te da miedo pensar en eso?

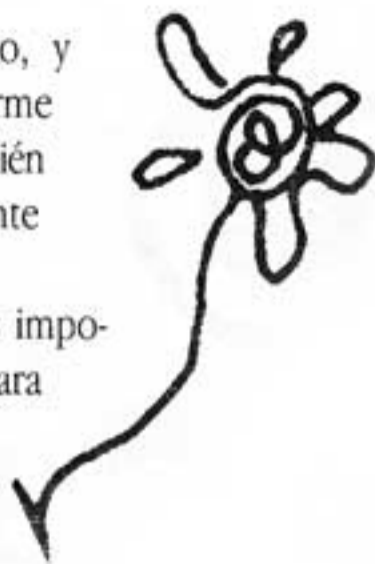
—¿En qué?

—En la muerte —dije.

La verdad no sé cómo voy a actuar frente a la muerte, me imagino que con una sonrisa irónica.

Te detuviste y bajaste la cabeza, te acercaste a mí, tenías los brazos alrededor del pecho como si te doliera. Acaricié tu cabello, que dejó escapar un olor a nostalgia, a sal. Comencé

a besarte la frente y luego tus ojos húmedos. Después me besaste pasando los brazos por detrás de mi cabeza y rozando tus





labios con los míos. Mis manos bajaron despacio a tu cintura y la sujetaron con fuerza. Al mirarme, tus ojos brillaban.

—La vida tiene su playa que golpea constantemente: el hombre. Con cada ola lo desgaja y lo arrastra, pero él se renueva y crece.

—Parece que entiendes muy bien lo que significa la soledad.

Tus ojos reflejaban mi rostro, tus manos se escurrían entre el cabello de mi nuca, entonces fui yo quien te besó. Tu boca aceptó mi lengua que comenzó a moverse muy despacio, con el paso de una pareja por una calle empedrada montaña abajo.

—Mi ciudad está sola, abandonada en medio de un valle y amenazada por los elementos. Cuando es verano el sol quiere fundirla, verla hervir; pero cuando llegan las lluvias las nubes recuerdan dónde estaba el lago y lo humectan, y lo inundan.

—Sólo un solitario es capaz de observar esos detalles.

Parecía que no sabías qué hacer con mi mano; si caminábamos con ese paso lento la recorrías sobre tu pierna, si nos deteníamos la hacías subir y la detenías contra tu pecho palpitante y robusto.

—¿Sabes que hay quien dice que hacer el amor es como morir un poco? Me sorprendió la pregunta, pero me sorprendió más esa chispa de deseo en tus ojos y esa sonrisa traviesa que apareció como un tesoro.

—Será por el desgaste —dije.

—Tal vez por la vida que se entrega. La vida que se condensa en sudor, la que se escapa de los cuerpos.

La luna había bajado y estaba ahora más grande y pálida, como esa luz artificial que colgaba de los postes a lo largo de la avenida, y que todo lo decoloraba. Tus dedos delgados y nerviosos jugaban con la cinta de tu escote, tu sonrisa arriesgada y juguetona se acercó a mí, adelantando los labios y su calor.

—¿Falta mucho para llegar a tu casa?

—No, es aquella de ahí, el número 69.

Caminamos tomados de la cintura, tu mano se ocultó en la bolsa trasera de mi pantalón; su suave presión me pareció el de una planta tropical, tal vez una enredadera, afianzando sus raíces firmemente, protegiendo y asfixiando.

—Esta ciudad parece luchar por no ser atrapada por la selva. Y no es fácil porque ella sabe cómo tejer puentes, si encuentra una piedra se apoya, crece alrededor y la cubre; pero sobre todo deja ese olor agrio y salado que igual puede ser de vida que de muerte.



La selva también tiene un carácter femenino.

—Es aquí.

La lámpara que encendiste sobre un buró sólo daba luz hacia un muro del que colgaban carteles y hacia una cama que estaba cubierta por un enorme edredón. Había una mesa de trabajo con cartas, postales; repisas con libros, fotografías, un jarrón con flores. La pantalla de la lámpara era clara y contagiaba de un tono frío a toda la habitación, pero el edredón de tu cama brillaba con un color encendido, rubicundo.

Te acercaste a besarme despacio, de nuevo rompió en mí el oleaje de tu lengua que se enrollaba junto a mis labios. Me desbrochaste la camisa y la dejaste caer, después de tu blusa. Mi pantalón se atoró con mis zapatos y no tuve la calma de deshacer el nudo de las agujetas. No era el tiempo de esperar. Me besaste mientras te quitabas los calcetines, no te gustaba mucho usar medias; te gustaba tomar mi mano y comenzar por tocarte con ella el muslo, subir por el vientre hasta los senos y terminar apretando un pezón. Mi mano ya no te pareció suficiente y me tomaste de la

¿Sabes que hay quien dice que hacer el amor es como morir un poco?

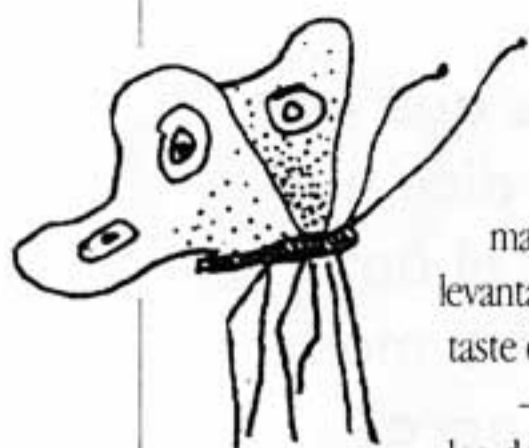
nuca con ambas manos y con calma, pero firmemente repetiste el mismo camino que ahora yo me ocupaba de lamer y besar. Tomabas pausas cuando lo que hacía te agradaba, alargando un poco el placer. No me soltaste cuando succionaba tu pezón, me

guiaste por tu cuello hasta que terminaste besándome en los labios. Podía presagiar la noche trémula y brillante que nos esperaba, mirando a través de tus grandes ojos oscuros.

—Eres muy bella —me obligó a decir el deseo.

Te levantaste de la cama y caminaste un poco, dejando que el cabello cayera sobre tus hombros; dejando que disfrutara de la sorpresa de tu desnudez, la que ni siquiera me había ima-





ginado. Fuiste a una repisa y regresaste a la cama con un paquete en las manos. Me pediste que me levantara y luego me recostaste con cuidado sobre ti.

—Deja que yo hable por los dos. Deja que mi voz te guíe. Yo te entregaré mi cuerpo a cambio de tu voz. Tu libertad será la acción, la práctica; la mía será la previsión, la posibilidad. Yo te perteneceré este instante, tú serás mía siempre.

Levantaste el cuello para que te besara y me abrazaste con una mano, en mi espalda sentía un abanicar de páginas, y luego apenas un murmullo, un suave cuchicheo de tus labios, un húmedo siseo entre tus dientes. Pausadas y tibias, las palabras sonaban aumentadas en mis oídos por cada beso, cada caricia, por los dedos de tu mano libre que desenredaban mi pelo o me tomaban firmemente de la nuca. Tus muslos se movían y revolvían ayudando a que los míos quedaran en medio, empujando y cediendo espacio vital, ese que tu vientre contenía

como la ribera a un río, sin apropiarse, sin exigir, como la corriente que pule las rocas y las hace cantar como el bronce, como el rumor de las palabras, esas que te escurrían de la boca. ¿Cuáles eran tuyas? No intenté preguntarte, era parte del trato y yo no pensaba romperlo, no me correspondía a mí esa libertad. Escuché, sin embargo, cómo se reunían y acordaban frases; escuché cadencias y ritmos, una canción, un sueño: bajo un árbol desojado en el otoño, un lobo, entre lamentos y llanto, regurgita las plumas sangrantes de su presa.

Tu cuello se erguía y los hombros temblaban llamando a mi boca, tus pezones creciendo en la punta de mis dedos, tus pies fríos corrían a lo largo de mis piernas y de tu boca salía, clara, la poesía. Era húmedo el camino que tú me ibas marcando para que yo lo recorriera con mi boca: subir a tu pecho, rodear por un costado y bajar a tu cadera y seguir bajando. Las palabras siempre ahí, cada verso un mordisco, mi lengua amainaba cualquier dolor, cada párrafo un beso, tu voz se iba quebrando por el deseo, pero en tu boca se reflejaban, como en una fuente, los destellos de carmín del cubrecama. Escuchaba y avanzaba, primero la poesía desde tu boca y enseguida





mi lengua en el fondo de tu piel, aventurándome en tu cuerpo.

Abriste los muslos y recitaste, amplia y energética, con la resonancia recóndita de tu vientre, con la orgullosa humedad del mar, que golpea y arranca a cada oleaje, que crece y arrastra la playa cada luna llena. La mar tirana que impone su soledad a todos, pero te otorga a ti la protección de la sal, la que se confunde con la arena y se impregna en el aire de esta ciudad, y que tu cuerpo guarda en la alforja del sexo. Cambios de intensidad que se combinan: mi boca obedece a tu voz, tu voz que obedece a mi cuerpo. La poesía en que convertías cada palabra me obligaba a perderme, a hundirme en ese oleaje salado que traías desde tu playa solitaria hasta esta ciudad encajada sobre el salitre de las paredes, alquitranada sobre la polilla de los tablones; rescoldo de mar los labios vaginales, tu lengua seca por la agitación de la pasión y la poesía, la mía absorbiendo los sudores, los tuyos. Las palabras raspaban tu garganta al salir, apagadas; seguías empeñada en distraerme con el acento dulce de tu voz: una canción, un sueño: el rostro afilado y rojizo de un indio con la vista fija en el horizonte, aunque en su mirada brillaba un carácter antiguo y oculto. Fue entonces cuando soltaste tu cuerpo a tu voluptuosa libertad, a sus sudores, sus jadeos, sus temblores. Ya no recitabas, te diste vuelta sobre la cama y me otorgaste a mí la libertad de admirar tu espalda tersa y sudorosa.

Era tarde ya cuando decidí levantarme. El sol que entraba por la ventana calentaba la habitación y hacía que

el edredón perdiera sus colores. Entré al cuarto de baño para ducharme, tan refrescante era sentir el agua fría en la cabeza con el bochorno del verano. Salí desnudo, goteando sobre el piso de madera, a vestirme en tu cuarto, frente a todos tus recuerdos. No escuché ni un solo ruido, ni siquiera en la calle. Pensé que habías salido a algún encargo, a comprar el periódico o algo de comer, pero cuando salí de la recámara te descubrí acostada sobre un sofá, cubriéndote las piernas con una cobija, profundamente dormida. Tu brazo colgaba lánguido a un costado, las piernas estaban encogidas, arropándose. Yo te miraba de pie, encantado de encontrarte en una posición idílica, llena de significados. Estuve mucho tiempo observando tu boca y tu mano anidando juntas, como contándose secretos, pero no pude

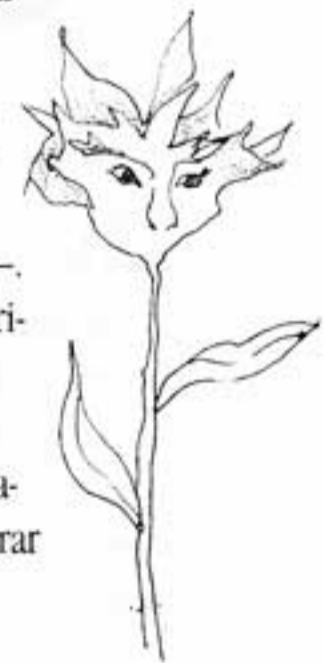
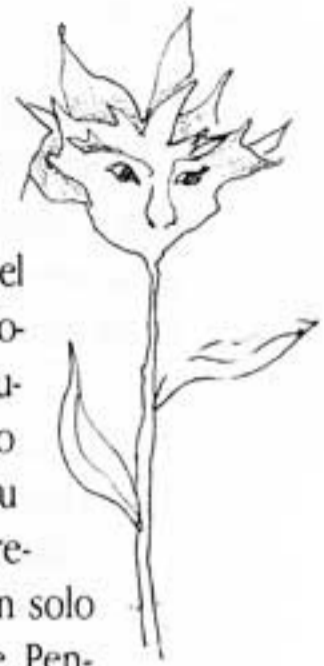
soportar la nostalgia de tu mirada. Comencé a acercarme a ti cuando abriste los ojos. Te veías pequeña y frágil hasta que tu cuerpo despertó y tomó su proporción real, la que yo recordaba.

Estiraste los brazos hacia el techo doblando las muñecas hacia tu cabello revuelto. Apretaste la boca que palidecía por la presión y se alargaba hacia las comisuras.

—Despertaste al fin—. Me senté a tu lado y te acaricié la cintura.

—¿Es muy tarde?

—No, queda tiempo para comer. Puedo ir a comprar algo si quieres.



—Tengo todo en el refrigerador.

Me levanté y fui a la cocina, tú lo hiciste después perezosamente, y al levantarte dejaste caer un libro pequeño de pastas amarillas.

—Voy a cocer unas papas. ¿Tienes mucha hambre?

—¿Piensas hacerme de comer?

—Claro, ¿no te quieres arriesgar?

—Bueno —dijiste dejando que sa-

esposo nunca me hacía de comer”, ni siquiera dijiste “el director de la escuela donde doy clase nunca me ha hecho de comer”. Sólo dijiste “nadie”. Yo no supe a cuánta gente incluías en ese “nadie” y ni siquiera me importó, estaba feliz de cocinar para ti y sobre todo de inaugurar una sección especial en tu memoria.

—Voy a hacerte algo rico de comer.

—No tienes que hacerlo, yo...

—Quiero complacerte —te dije y encontré la claridad de tu mirada fija en mí.

Te besé con calma, con el paso tranquilo con el que un hombre recorre el cuerpo de una mujer. Me besabas con tus labios juntos como guardando silencio, sin tu lengua, sólo tus labios que se acurrucaban en los míos como en el lugar perfecto para seguir durmiendo; como si tus labios, rubicundos también, quisieran cubrirme y protegerme.

—¿De quién era el libro que leías anoche?

Me miraste intrigada, no creías que yo hablara en serio, no te imaginaste nunca una pregunta, estabas preparada para un desconcierto o para una súbita alegría, me imaginabas apenado o quizás algo nervioso pero nunca inquisitivo, nunca con ánimo de poseer. Yo te tomaba la cadera y te preguntaba la primera de muchas dudas que tú habías provocado, y aunque no ibas a contestar a todas, te admirabas que tuviera el valor de preguntar, el deseo de saber.

—Es poesía —me dijiste sonriendo—. Es Arthur Rimbaud.

—Ahora sé quién te hace compañía



liera poco a poco el brillo que anoche tenían tus ojos—. Nunca nadie me había hecho de comer.

Me encantaba cuando hablabas así, con esa sutileza que usan las mujeres para envolver un regalo pequeño, con la pícaro sonrisa de satisfacción que provoca dar un paso de baile perfectamente ejecutado. No dijiste “mi ex